

deben llegar a la conclusión de que para lograr obras medulares hay que ir al pueblo, el personaje literario por antonomasia de todos los tiempos, desde «La Ilíada» hasta nuestros días, y la sensibilidad chilena, romántica, lírica, sensual y fundamentalmente mestiza, es la más apropiada para captar la multiforme realidad de su propia tragedia.

<https://doi.org/10.29393/At140-42ATCR10042>

CRESIVAL, novela por *Enrique Labrador Ruiz*

Seguramente alguna vez debiera escribirse sobre la necesidad o inoportunidad de los prólogos. En este caso nos referimos a los escritos por los autores del libro que los ostentan. Por lo general, inducen a formarse una opinión distante de la realidad de la obra, ya en sentido favorable e inverso. Otras veces, y entonces siempre son dignos de agradecerles, nos consolidan, de manera apriorística, el juicio sobre el volumen que los ocasiona, deviniendo en un índice de invitación o rechazo a efectuar el tránsito de la lectura. Cuántos prólogos no evitan este viaje y su cansancio. Acaso existan otras clases de prólogo. Por lo menos, creemos que todos los libros deben tener su prólogo para comodidad del lector.

No vamos a pretender analizar el prólogo que Enrique Labrador Ruiz coloca a su *Cresival* (1). Es posible que posea elementos de los que terminamos de insinuar. Diremos, sí, que revela una beligerancia de varón joven muy estimable, una inquietud que provoca instantánea simpatía por el autor y el volumen y una seguridad sólida en la propia capacidad, sin gran narcisismo, sin mucha egolatría, tal vez sin ninguno de estos componentes, que invita a recorrer la dimensión de *Cresival*. Además, un lenguaje movido, cuidado, con cierta den-

(1) La Habana, Cuba, 1936.

sidad de ideas, con adjetivación frecuentemente bella y oportuna acrecienta esta disposición. (Las cualidades referentes al lenguaje pueden agregarse al resto del volumen).

Novela llama Enrique Labrador Ruiz a su obra que, suponemos, es la segunda que publica. La primera, *Laberinto*, parece que no fué bien recibida por la crítica de su país, pues en el prólogo arremete contra ella con no escasa mordacidad e ingenio. Es claro que *Cresival* no es una novela en el sentido corriente, porque carece de las condiciones que es cotidiano encontrar en su contenido. No existe trama, dramatismo de situaciones, ni escenas, personajes diferenciados psicológica ni externamente; pinturas de costumbres ni realidades ambientales; tampoco la narración desenvuelve sus recursos de acaparadora de interés. En cuanto a la técnica, acaso es *Cresival* una intención de novela nueva, pero sin deshumanización, porque sus personajes son fundamentalmente humanos. Sufren. Gozan. Tienen pasiones, porquerías, virtudes. La anécdota casi nunca apunta su perfil. Cuando más, sabemos que *Cresival* es «hijo de nadie», nacido en una clínica equívoca regentada por una doctora Basquinet, inescrupulosa, como la que Axel Munthe pinta en su admirable *Libro de Saint Michele*; que *Cresival* es un intelectual; que publica un libro y otras escasas referencias exteriores.

Acaso intención de novela, hemos dicho, aunque no afirmamos. Si quisiéramos clasificar este volumen diríamos que es más bien un monólogo en que el autor ha puesto mucho de su vida mental y afectiva. Pero un monólogo dialogado ya que el diálogo interviene con gran frecuencia en los soliloquios de los personajes, personajes que no son otra cosa que desdoblamientos del personaje central, porque aunque opinan y se presentan a menudo en forma diferente, en su esencia psicológica asumen la misma fisonomía. Por eso decimos que es un monólogo, porque no se destacan caracteres diversos, individualizados, y es siempre el mismo sujeto el que habla y acciona. Tal vez en este



aspecto pudiera sostenerse que es una especie de autobiografía interna de Enrique Labrador Ruiz. Queda entendido que las apreciaciones anteriores tienen sólo validez en un sentido general, pues hay partes a las cuales no podrían aplicárselas.

Al azar, una página del libro:

«—Me considero el producto de muchas razas; no soy ni ario, ni griego, ni blanco puro de por acá, ni mixto de polines y chino: tal vez sea un espécimen de la raza cósmica, esa mixtura del porvenir, indecisa, pero segura.

«Se limpiaba cristales que tenía en el bigote a causa de la coca mal administrada, y continuaba:

«—Yo veo la raza cósmica a tientas, pero surgiendo. No se parecerá a ninguna otra raza. Será la verdadera raza humana, aunque para definirla yo tenga que valerme de un símil: recuerdo el caso del poliglota, aquél que hablando veinte idiomas, tuvo un hijo mudo: mudo hasta cierta edad en que empezó a hablar una lengua desconocida para todos. No pudo entenderse razonablemente con nadie, hasta que muchos poliglotas tuvieron muchos hijos como él. Habíase inventado el idioma definitivo, caballeros.

«Si se le miraba serio, clarificando el truco, él pontificaba entonces:

«—La raza cósmica es la raza definitiva: la última raza del mundo. Estamos a punto de hallar la nueva especie. Obsérvenlo: asisten al espectáculo maravilloso de un nacimiento.

«Usufructuando el cosmicismo era feliz: engordaba. Riñó en cierta ocasión con su mujer y decía, por entonces:

«—Salgo en largo viaje para explicar mis ideas por esas tierras de Dios. He logrado una buena beca, viático decoroso y amiga nueva. El secretario me conoce de viejo; se ha embriagado conmigo; es una persona decente; un civilizado: le gusta lo coca. ¿No recuerda? La raza cósmica. Algo se ha escrito ya sobre ello, pero no ha sido suficientemente explicado, demostrado. Yo soy la demostración, amigo. Al final de mi viaje,

dentro de tres o cuatro años, si tengo tiempo, escribiré un folleto sobre el asunto. Entretanto, con ir probando que soy un cósmico, viviré. Hombre ¿y usted tiene amigos en el Gobierno? Búsquese algo de eso por ahí. Encasíllesele. Hay manera. Todo no se lo vamos a dejar a las caras bonitas, querido».

Cresival viene ilustrado bellamente por Hercar.— A. T.

UN LIBRO DE C. BENÍTEZ

El señor Benítez es un «aficionado fervoroso al estudio de la sociología y de la filosofía de la historia», según propia afirmación: por lo demás, afirmación muy precisa, pues este escritor posee todas las características a los aficionados a estas cosas: documentación incompleta, ligereza de juicio, ausencia de perspectiva, de la imprescindible objetividad para enfocar un hecho histórico, como es el ruso.

El estudio del hecho ruso, no la apología ni la diatriba, está por encima de las posibilidades especulativas de los simples aficionados. Es algo más serio, más grave, más dramático. Un movimiento social, político y económico, que ha sacudido tan profundamente los cimientos de un vasto país, cuyo proceso se ha incubado en la descomposición de las clases dirigentes del mismo y cuyo desenvolvimiento está basado en leyes económicas definidas, no es materia de aficionados sino de varones estudiosos, para quienes el análisis de los hechos históricos no es motivo de apasionamiento sino de sereno estudio. De ahí, entonces, la falta de imparcialidad, de objetividad, que se advierte en «El peligro ruso y la América Latina».

En las «Palabras liminares», subtituladas «Presentación», manifiesta el señor Benítez: «Para emprender el estudio que va a leerse, procuré libertarme de todo prejuicio político.